



Milenio Carvalho

I. Rumbo a Kabul

Manuel Vázquez Montalbán

Mientras en un alto despacho Pepe Carvalho es acusado de asesinato, él y su inseparable Biscuter viajan en *ferry* rumbo a Génova bajo nombres falsos, los literarios Bouvard y Péculchet. Junto a ellos navega una tal *Madame* Lissieux, con la que Biscuter parece entenderse muy bien, pero que desaparece al pisar suelo italiano, y un poco antes de que se estropeen los frenos del coche que conducía a los dos socios..., quienes, pese a todo, superan este primer escollo y prosiguen su periplo hacia Grecia, decididos a dar la vuelta al mundo. Pero alguien no cree que sean dos inofensivos turistas, y el viaje se irá convirtiendo más bien en una huida, en una persecución. A través de Israel, de Turquía, rumbo a Kabul, donde les espera una insospechada misión, y donde esta aventura podría haber concluido.

A Lluís Bassets, entonces joven periodista de Tele/eXpres, al que en el transcurso de una entrevista le profeticé en 1974 la escritura de Milenio Carvalho

—¡Bah! El progreso, ¡qué cuento! —agregó—. ¡Y la política, una linda porquería!

—No es una ciencia —respondió Pécuchet—. Es preferible el arte militar: se prevé lo que sucederá. ¿Qué te parece si nos dedicamos a él?

—¡Oh, gracias! —replicó Bouvard—. Todo me fastidia. ¡Mejor vendamos nuestra barraca y vayámonos a los quintos infiernos entre los salvajes!

—¡Como quieras!

Y al tener más ideas, sufrieron más.

Gustave Flaubert, Bouvard y Pécuchet Lifante se planteaba que lo más lógico habría sido que Pérez i Ruidoms hubiera pasado por la comisaría y no al revés, por muy padrino que el millonario fuera de Monte Peregrino, una secta de neoliberales más cósmicos que multinacionales, y por mucho que le costara mover el Lincoln Gran Limusina, uno de los diez coches de su parque móvil privado destinado a aplastar la moral de amigos y enemigos. El inspector se sentía incómodo no sólo por la media hora de espera, sino también por los quince minutos que tuvo que aguardar en el despacho del hombre de negocios, que lo invitó afablemente a sentarse en un principio, pero luego lo olvidó mientras telefoneaba a Malasia o a Matadepera, por no mencionar las tres llamadas que recibió desde Amsterdam. Tampoco las maneras del ricacho eran tranquilizadoras: hablaba, se movía, respiraba atléticamente, desde la conciencia de ser la excepción gimnástica en un mundo de paralíticos o mutilados selectivos, es decir, víctimas de parálisis sectoriales, ciegos incluidos, en el que cabían hasta policías

de cámara. Por fin abrió sus brazos en mangas de camisa carísima y esparció por los espacios más ambiguos a dos de sus secretarias, para poder contemplar ahora al policía a sus anchas y dedicarle una sonrisa nada atlética, más bien desarmada, reclamando con los ojos a los cielos que lo librasen al menos de parte de tanto trabajo.

—Le aseguro, señor inspector, que comprendo a los gandules porque son los únicos que pueden hacer cosas grandes e imprevistas. Desde las seis de la mañana, no paro.

—Gimnasia, natación, ¿a qué hora?

—Veo que conoce mis hábitos más sanos. Tengo una piscina cubierta y un gimnasio particular a veinte metros de este despacho y jamás voy a ningún hotel que no tenga piscina cubierta en invierno. ¿Qué sabe usted de Pepe Carvalho?

No esperaba Lifante la pregunta de sopetón, por lo que distrajo la mirada hacia un punto indeterminado del imponente despacho, repleto de maderas y esculturas férricas, o tal vez fuesen lámparas.

—¿Y usted?

Sonrió Pérez i Ruidoms ante la pregunta contestada con otra pregunta y cogió un dossier que estaba sobre la mesa para adelantarle en dirección al policía. Luego lo invitó con un gesto a que se hiciera cargo de él, pero Lifante se había puesto a la defensiva y contemplaba a Pérez i Ruidoms como a un cretino con piscina cubierta, a pesar de lo cual, no dejaba de ser un cretino. Quedó el policía a la espera de que el magnate moviera ficha o palabra.

—Es un asesino.

Cuando emitió su sentencia, el hombre de negocios clavó sus ojos en los de Lifante como si le estuviera diciendo: «Queda usted detenido», y el policía siguió con la mirada viajera por la habitación.

—¿Son lámparas apagadas?

—Aquella de allí, sí. Pero todo lo demás son esculturas metálicas. Las hay de Alfaro, Álvarez, Solano, Angels Freixanet y Fajardo. Las de Chillida las tengo en casa o en mis residencias. Soy un apasionado chillidista. Perdona si insisto, pero creo que el tiempo se nos echa encima. Carvalho es un asesino, como queda demostrado en ese dossier. Tengo incluso testigos dispuestos a declarar que vieron cómo mataba a Jordi Anfruns, el famoso sociólogo, en la escollera.

—El famoso sociólogo —musitó Lifante, mientras leía la ficha de Anfruns, que le circulaba por la cabeza como pasan los textos ante los ojos de los locutores de televisión. Famoso sociólogo. Un rojo cachondo más que había llegado a teólogo de alguna religión y a hombre de confianza de aquel nadador en piscinas cubiertas.

—Hasta ahora es sólo un cuerpo más encontrado sin vida en esta ciudad. Pero su muerte llevaba la firma de Carvalho.

—Carvalho ha matado muy poco, y no firma los cadáveres que se le atribuyen.

La sonrisa de Pérez i Ruidoms volvía a ser atlética.

—Éste lleva firma, pero no los culpo por no haber sabido encontrarla. Ha sido un asesinato pasional, impropio de Carvalho.

—¿Estaba enamorado de Anfruns?

—No. Pero lea el dossier.

Lifante no hizo el menor ademán de acercarse al dossier y mantuvo el juego de miradas y silencios con su anfitrión, hasta que éste suspiró, resignado, y pidió por el interfono:

—Irasema, póngame con Julia.

Irasema —pensó Lifante— es un nombre de secretaria o recepcionista que sólo puede encontrarse en el negocio de un nadador en piscina cubierta propia. Tableteó con los dedos sobre su rodilla más próxima y finalmente dijo:

—Sigo sin entender por qué me ha llamado. Si tiene usted todas esas pruebas, puede denunciar el caso en un juzgado.

—No me interesa aparecer como el inductor del proceso. Ese trabajo corresponde a la policía.

Ya estaba Julia en la otra orilla telefónica y Pérez i Ruidoms la interrogaba enigmáticamente:

—¿Está todo dispuesto? Correcto. Correcto.

Colgó el teléfono y se levantó, invitando a Lifante a que lo siguiera.

—Si es tan amable, en la sala de proyección tal vez usted reciba las respuestas necesarias.

La sala de proyección era la de al lado y allí los esperaba Julia, con coleta rubia, gafas y dos tetitas exactas bajo el pullover de alta primavera. Era una sala de proyección «de Hollywood para arriba», apreció Lifante, y nada más sentarse junto al prócer, se apagaron las luces y sobre la pantalla apareció el rótulo: «Dossier Anfruns». Un hombre camina de espaldas por la escollera y se detiene ante unas rocas que bajan hacia el mar. De pronto suena un disparo y el hombre se desploma. La cámara enfoca el cuerpo y, cuando éste desaparece, en su lugar queda la silueta en tiza de su derrumbamiento.

—Ése es el punto exacto y la posición en que se encontró a Anfruns. A mí me dijo que acudía a una cita con Carvalho, y a aquellas horas eran varios los que corrían por allí haciendo *footing*. Me he tomado demasiado tiempo y molestias y puedo aportarle dos o tres testigos que describen al hombre que disparó, y los tres coinciden: se parece mucho a Carvalho.

Sobre la pantalla, ahora, los testigos. Saben su papel. Incluso balbucean bien.

—¿Lo ve, Lifante? Hay que detener cuanto antes a Carvalho.

—No está.

—¿Cómo que no está?

—Se ha marchado de viaje. Ha levantado la casa. Se ha llevado incluso a su ayudante, Biscuter. Viaja en coche. —
¿Control de fronteras?

—En Francia no registran el nombre. En la de Marruecos no consta, tampoco en la de Portugal. En cualquier otra, Carvalho sabe cómo llamarse de otra manera. Puede haberse ido a Mallorca, a Génova...

—Veo que le ha seguido la pista. Por algo será.

—Mis jefes me sugirieron que lo hiciera. Supongo que usted los presionó.

En el telefilme que sigue en marcha como un correlato, la cámara enfoca ahora el mar, donde varios barcos de carga fondean fuera de las aguas del puerto de Barcelona y donde Pérez i Ruidoms cree percibir con toda claridad la estela de los *ferrys* camino de Génova.

—No piense más, Lifante. Nuestro hombre está a punto de llegar a Génova.

Biscuter se pasó toda la travesía telefoneando por el móvil o hablando con la dama francesa que se le parecía. «*Madame Lissieux*», se presentó ella. Ambos estaban enzarzados en una discusión que a Carvalho se le antojó mayéutica, porque él contestaba siempre según lo esperado por ella y sus gritos de emocionada sorpresa parecían formar parte de la música de fondo de la travesía del *ferry* Barcelona-Génova, hasta el punto de que Carvalho buscó la paz de la cubierta y examinó desde lejos las idas y venidas de la pareja, entrelazada por las palabras y las miradas, e incluso por un cierto grado de parecido físico. Tal vez *madame Lissieux* también había nacido con la ayuda del fórceps, aunque disimulaba mejor sus parietales hundidos con una melena rubia cenicienta, no muy abundante.

«Especialista en diminutivos en la literatura medieval española», así se presentó Carvalho cuando *madame Lissieux* le preguntó por su profesión, y Biscuter la corroboró, aunque no sin antes dirigirle una señal de sorpresa mediante el breve fruncimiento del ceño. Ésta era la primera vez que veía a Carvalho mentir sobre su oficio, y lo atribuyó al deseo de tomarse unas vacaciones de verdad en el intento de dar la vuelta al mundo, lo cual siempre es algo más que un

afán de comprobación geográfica. De hecho, en Barcelona Biscuter había propuesto un curioso plan de falsificaciones previas, consistente en llevar doble documentación, con nombre propio y ajeno, así como algunas acreditaciones como funcionarios internacionales que abrían muchas puertas.

—He pensado en la FAO y la OMS, porque no hay nada tan inocente como tratar de que la gente coma y sane.

—Excelente idea.

—Ahora hay que decidir los nombres y luego haré documentaciones dobles. Nuestros verdaderos nombres, José Carvalho y Josep Plegamans Betriu, y los que usted decida.

Pensó Carvalho largo rato, asimilando que Biscuter se llamaba Josep Plegamans Betriu, luego se contempló a sí mismo y a su ayudante y decidió:

—Bouvard y Pécuchet, franceses, fingiremos ser franceses del sur, por si se te escapa una catalanada. Yo, por el carácter, me parezco más a Pécuchet, pero por la función me siento más Bouvard. Luego te completo los nombres.

Recuperó un volumen de La Pléyade dedicado a Flaubert que nunca había quemado porque era demasiado caro y en él redescubrió que Bouvard se llamaba nada menos que Francois Dionis Bartolomé Bouvard, y Pécuchet, Just Roman Cirile.

—Dejémoslo en Francois Bouvard y Just Pécuchet.

Secundó Carvalho al completo la vía conspiratoria iniciada por Biscuter, y aprovechando la delgadez de su bajo vientre y el permiso internacional de armas, adaptado por Biscuter a sus distintas personalidades camufló allí una pistola y se avino a convertir su dinero preferentemente en *travellers* y en tarjetas de crédito, con nombres propios y los de Bouvard y Pécuchet, de una extraña cuenta holandesa que Biscuter consiguió abrir mezclando sus actuales relaciones culinarias con las antiguas carcelarias. Viajaban, pues, protegidos por distintos recursos enmascaradores, y Biscuter, explotando a fondo sus conocimientos culinarios

que extasiaban a *madame* Lissieux. Disertaba mediante ilustraciones o críticas a lo ofrecido por el bufete de a bordo, excesivamente convencional para su gusto, cuando tan interesante hubiera sido recoger las variedades del abanico de la cocina mediterránea, desde Barcelona hasta Génova. «La patria de los más curiosos pestos», proclamó el lugarteniente, que atribuyó sus conocimientos a Paolo Lingua, autor de *La cucina dei genovesi* y avalador de un plato tan de pobres y a la vez tan barroco como «*Bianco e nero d'agne-lletto*», simple encuentro afortunado de despojos tan sutiles como pulmones, hígados e intestinos de cordero joven. No sólo se sorprendía la dama por la cultura gastronómica de Biscuter, sino también el propio Carvalho, erróneamente convencido de que era el propietario absoluto de cuanto sabía y vivía su ayudante. Su sorpresa se acrecentó cuando vio en sus manos libros, libros, libros sobre los recorridos que en teoría pensaban permitirse, y en primer plano, una monografía del cementerio genovés de Staglieno, primer lugar de visita, según una antiquísima querencia del detective, enamorado de un camposanto diseñado bajo las pautas de la Ilustración y la escasa sacramentalidad. Los repetidos comentarios eruditos de Biscuter fomentaron que la francesa se sumara al entierro, y quedó claro inmediatamente que el recorrido fúnebre iba a ser cosa de tres, por más que Carvalho tratara de advertirle a Biscuter con la mirada que no era de su agrado ampliar el censo. Inatendidos sus deseos, Carvalho optó por contemplar el mar rápidamente surcado y advertir una vez más la llamada original de las aguas, como si en ellas radicarán las dos metáforas esenciales: la vida y la muerte. ¿En qué charco se había incubado el diseño biológico del hombre? No podía decirse que Carvalho estuviera metafísico o triste porque no comiera o no bebiera, ya que había probado todos los cócteles probables e improbables que constaban en los recetarios de a bordo y había tenido tiempo de dormir intensamente las cinco horas que faltaban para el desembarco del *ferry*.

Lo despertaron las sirenas y los canturreos de Biscuter, mientras recogía las pertenencias que no habían quedado en el coche.

—Tiempo justo para el desayuno y Génova a la vista. Jefe, quisiera pedirle un favor. *Madame* Lissieux sigue nuestro mismo recorrido: Roma, Brindisi, y allí embarca para Grecia. ¿Podríamos llevarla en el coche?

—Los dos se caen a pedazos.

—¿*Madame* Lissieux?

—*Madame* Lissieux y el coche.

Torció el gesto Biscuter y Carvalho asintió con los ojos. Donde caben dos náufragos de carretera caben tres, pero nada ni nadie me van a hacer variar un itinerario que comienza en el cementerio y continúa hasta la puerta abierta en los Dardanelos y el Bósforo hacia el Más Allá. Después, todo dependería del dinero restante y del deseo superviviente en un viaje demasiado improvisado. Requirió Carvalho alguna información sobre cómo conseguir llegar con su coche hasta la necrópolis de Staglieno y luego acceder a la autostrada vía Roma; todo consistía en subir y subir desde el nivel del mar hasta la cornisa por donde se abría paso el corte implacable de la autopista. «¿Y Génova?», preguntó Biscuter. Génova, tal vez el barrio viejo preportuario, un laberinto medieval donde las fachadas casi se tocan y a veces ocultan palacios diríase que clandestinos y arruinados por el capitalismo y la humedad. *Madame* Lissieux se sentó en el asiento trasero del utilitario, juntó las rodillas huesudas y apoyó sobre ellas la horquilla de sus brazos, que le permitían soportar el improbable peso de su rostro pequeño y de su no mucho mayor cráneo. También Biscuter parecía portador de cuchara y tenedor a la espera del banquete del mundo cuando a Carvalho le llegó el turno de salir del *ferry* y afrontar un confuso paisaje de puerto convencional y autovías elevadas. A nadie había revelado su itinerario genovés, pero Biscuter sacó de un poderoso maletín-biblioteca el libro más adecuado, el plano de la ciudad y todo

cuanto es menester saber para llegar a su cementerio. Allí estaba, al pie de la montaña por donde reptaba la carretera de salida, condicionando una explanada repleta de coches no presumiblemente clientes del camposanto, dada la hora tierna de la mañana, y apenas abierto el recinto cuando el trío comandado por el detective se adentró en los pórticos introductores con la voz, para Carvalho en off, de Biscuter, que explicaba las virtudes de una necrópolis ideada por espíritus racionalistas y románticos.

«El cementerio de Staglieno fue abierto oficialmente al público el 1 de enero de 1851, según el modelo de cementerio monumental ya ensayado en algunas importantes ciudades europeas». Carvalho sabía que en el desarrollo de aquella ciudad de la muerte había influido el pensamiento ilustrado y escasamente religioso de parte de la inteligencia genovesa, y que a lo largo del siglo XIX había crecido como escenario majestuoso de una ópera necrófilica en la que intervenían importantes arquitectos y escultores, así como elocuentes escenógrafos que calculaban magistralmente los itinerarios para el dolor privado y los ritos públicos. «Mark Twain, Guy de Maupassant, Nietzsche, Hemingway, Waugh... —leía Biscuter—, pasearon por estos callejones y avenidas atraídos por el, ya a finales del XIX, considerado uno de los cementerios más significantes de Europa».

—¿Qué quiere decir significativo, jefe?

—Más explicativos, supongo, más transmisores de señales —intervino *madame* Lissieux permitiendo así a Carvalho la tranquilidad del silencio, que rompió la irrupción sonora de una voz extraña, la de un caballero barbado en gris y sólido que los afrontaba con los ojos llenos de amabilidad.

—Perdonen que los aborde. Me presento: mi nombre es Giuseppe Marino, los he oído hablar en español y yo soy casi español, es decir, casi vasco, porque allí viví muchos años, allí paso muchas semanas y allí me casé con una vasca con la que ahora estoy poscasado. Mis lazos con España

son múltiples y a veces insospechados. ¿Eran ustedes franquistas? Perdonen la indiscreción.

Negaron todas las cabezas, también la de *madame* Lissieux, y Giuseppe respiró, aliviado.

—Yo hice la resistencia contra Franco. He militado en el PCI de Togliatti y Berlinguer y en el Partido Comunista de Euskadi en los años terminales del franquismo.

Calculaba el caballero la posible sorpresa provocada y sólo Biscuter la exteriorizó con un contundente:

—¡Hostia! ¡Qué casualidad!

Les tendió una tarjeta en la que constaba su condición de comerciante conservero y luego se hizo cargo de la amplitud del cementerio como si lo abrazara, y suspiró liberándose de algún aire excesivamente espeso.

—Génova tiene al menos algo duradero: su cementerio. Ni siquiera conserva su memoria histórica lo suficiente, al menos esa memoria histórica ya relativamente moderna que nos permitiría explicar el nefasto presente de una Italia gobernada por un bloque reaccionario. ¿Saben que la única victoria abierta de los partisanos contra el ejército nazi durante la segunda guerra mundial se produjo aquí, en Génova? Ésta ha sido una de las cunas más singulares de la izquierda italiana, y ¿qué es ahora? El exponente mismo de una Italia que pasa del sueño de Berlinguer a la realidad de Berlusconi y los posfascistas. Este país está en plena involución difícil de explicar, habida cuenta del nivel de conciencia política con el que llegamos a los años setenta, cuando incluso era posible *il sorpasso*, que los comunistas fuéramos la primera fuerza electoral, en condiciones de plantear el compromiso histórico a los democristianos más progresistas. Perder aquella expectativa fue como perder una esperanza laica cimentable desde el optimismo marxista y desde el optimismo del capitalismo avanzado. Nada o casi nada queda ya de ambos. El capitalismo triunfante tiene tanto miedo de pensar en sí mismo, de autoidentificarse, que niega la posibilidad de extrañar lo realmente existente,

de repensar el mundo. Un escritor italiano lo expresó magníficamente cuando habló de «el presente como inquisición». Les estoy hablando de Leonardo Sciascia, que no era lo que se dice un marxista.

Tal vez la mirada movediza, no receptiva de Carvalho, disuadió al orador de la posible voluntad de diagnosticar el presente real del desarrollo capitalista. Se ofreció como guía complementario del erudito Biscuter y éste comenzó el recorrido sistemático de la necrópolis, subrayado por las explicaciones de Marino.

—En cierto sentido, un cementerio es una reivindicación del carácter democrático de la muerte, pero no escapa a la influencia de la moral de cada tiempo o de lo que se ha considerado prestigio representativo. Aquella es la capilla del Suffragio, inspirada en el Panteón romano.

La estatuaria o las estelas de Cevasco, Santo Varni, luso-la, Benetti, Rivalta, Orengo, Monteverde, Saccomanno, Moreno, la tumba White de 1905, de De Paoli, que mereció la dedicación ocular de Carvalho, conmovido por la gracia de los cuerpos y el patetismo de su desolación, mientras era general la admiración por las esculturas preexpresionistas de Orengo o la modernidad «matèrica» (el adjetivo lo puso *madame* Lissieux) de la tumba de De Luca di Pietralata, esculpida por Alfieri en 1961. Biscuter había quedado arrobado ante el panteón dedicado por Grasso a Giuseppe Mazzini, uno de los más fundamentales padres de la patria, y también se mostró muy partidario de un mausoleo neogótico, la tumba Raggio, diseñada por Luigi Rovelli.

Carvalho consultó el reloj y vio con alarma que se prolongaba demasiado el desahogo necrofílico. Roma, el papa y Brindisi, más alguna ruina inevitable y tal vez por el camino adquirir el sentido de finalidad que se ocultaba en la espontaneidad de un viaje que podía parecerse a una huida hacia adelante. Giuseppe Marino los acompañó hasta la salida y les rogó, si no era mucho pedir, que le aceptaran

un lote de conservas de primera calidad que llevaba en el maletero de su coche a efectos de muestrario.

—Ninguna molestia, jefe, bienvenidas sean sus sardinas porque el viaje será largo y el dinero escaso —confesó Biscuter, y al rato el BMW de Marino se situó junto al Ford Fiesta casi treintañero de Carvalho y varias cajas de latas de sardinillas, ventrescas de atunes, zamburiñas y almejas convirtieron los rincones libres del coche de los españoles en una sección de conservas de supermercado rodante.

Fue necesario darse las manos con intensidad para compensar la amabilidad del italiano, y especialmente entregado fue el abrazo de Biscuter, diríase que colgado del poderoso cuerpo del genovés, al tiempo que pregonaba:

—No se desanime. Génova volverá a ser la cuna de la resistencia y venceremos. No sé cuándo, pero venceremos. *Avanti il popólo, a la riscossa, bandiera rossa!*

Ya en la autopista, Carvalho examinaba de reojo a Biscuter y finalmente se decidió a preguntarle:

—¿Quiénes venceremos?

—El pueblo.

—¿A quiénes venceremos?

—Al enemigo de clase. Aunque usted no se haya dado cuenta, jefe, yo siempre he creído en la lucha de clases.

—¿Cómo es que conoces el himno del Partido Comunista Italiano?

—En mi juventud, en Andorra, no se cantaba otra cosa.

Hubo tiempo de tomarse unos panini en el establecimiento Motta de la autostrada. Carvalho agradeció la parada, agobiado por el intenso tráfico de las carreteras italianas y por la sospecha de que los viales de la autostrada eran más estrechos que los de cualquier otra carretera semejante: los camiones pasaban como si quisieran llevarse las orejas al pobre Ford Fiesta.

—Es que le falta costumbre de conducir a larga distancia, jefe.